UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA
BIBLIOTECA
C 2
Foll. 12

Domingo J. Manrique

EL MENCEY DE ABONA

TRADICIÓN

92-7
103

MCMXIX
IMP. DE SUC. DE M. CURBELO
SAN AGUSTÍN 47.- LAGUNA

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Para la Biblioteca provincial de Canarias
El Autor

Laguna, Enero 13 de 1920

EL MENCEY DE ABONA

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

398.1 (AC.857)

Domingo J. Manrique

EL MENCEY DE ABONA

TRADICIÓN

92-7
103

R.

MCMXIX
IMP. DE SUC. DE M. CURBELO
SAN AGUSTÍN 47.-LAGUNA

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

I

De aquel Mencey Adjoña que reinó en los estados
de Abona, cuando fueron campos afortunados
las Canarias, del guanche que la Historia nos cita
como un príncipe obscuro, sé yo de una exquisita
leyenda cuyo espíritu sintetiza y enlaza
la bondad, la hidalguía y el valor de una raza;
una de esas leyendas que en el solar isleño
son como mariposas aladas del risueño
jardín de las Hespérides; brisas de aquel perdido
paraiso, impregnadas de sosiego y de olvido
plácidos a que el alma con avidez se entrega;
de ese algo inexpresable que hasta nosotros llega
como de un sol extinto los últimos reflejos,
como un perfume santo que viene desde lejos.

. . . . . .

. . . . . .

II

Y sucedió que un día, inopinadamente,
un pobre pastorcillo de aquel reino, imprudente,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

mató a uno de los canes más fieles y estimados
que del Mencey de Adeje guardaba los ganados,
y como aquellos guanches, de costumbres austeras
y sanas, se regían por leyes muy severas
y en absoluto libres de prevaricaciones,
que siempre se cumplían sin más apelaciones,
tuvo el pastor de Abona la desgraciada suerte
de que el Mencey de Adeje le condenara a muerte.
Era cosa sabida que en ocasiones tales
tenían los Menceyes rasgos originales,
y éste de nuestra historia, al dictar la sentencia
que al pastor condenaba, tal vez de la clemencia
escuchando la voz, que el alma compasiva
ante el negro infortunio jamás se muestra esquiva,
o por hacer un uso prudente y justiciero
de sus atribuciones de Monarca y guerrero
que espera en sus vasallos hallar a un tiempo mismo
agilidad, valor, nobleza y heroismo,
hizo anunciar que el reo sería perdonado
siempre que hubiera un guanche tan diestro y abne-
[gado
que al llegar el momento fatal para el pastor
en peligroso lance fuera su salvador;
y observando, sin duda, las normas de la Ley
la manera de hacerlo explicaba el Mencey:
puesto a cuarenta pasos del pastor, que tendría
en la cabeza un gánigo, hacer tal puntería
que sin errar cayeran, consecutivamente,
diez *támaras* de palma dentro del recipiente;
y el defensor al reo debía reemplazar
si en la temible empresa llegaba a fracasar.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

III

Y llegó el día aciago. Al Tagóror, en pleno,
acudió la nobleza; reposado y sereno
el Mencey ocupaba su sitial de granito
en la extensa planicie, abierta al infinito;
el Consejo y los Príncipes, según sus jerarquías
y su rango, llenaban las amplias graderías;
dando guardia de honor a las reales personas
estaban los sigoñes armados de tabonas,
y en torno, la compacta multitud impaciente
que espera el desenlace con ansiedad creciente;
sobre los verdes juncos, poleos y retamas
que tapizan el suelo, formando con sus ramas
una red caprichosa de floridos mosáicos,
destácanse movibles las fimbrias de los háicos
en vigoroso arranque de línea y de color:
el Tagóror parece una magnolia en flor.
En púdicos tamargos ocultan las doncellas
la pompa de sus carnes divinamente bellas
y en sus rostros trigüeños se encienden sus miradas
como reminiscencias de noches estrelladas.
El día es todo luz, el paisaje, un encanto:
lejanías azules con franjas de amaranto;
junto a las suaves lomas, las montañas hirsutas
tendiendo en los abismos las rampas de sus grutas;
palmeras que recortan sobre un cielo ideal
sus gallardas siluetas de altivez oriental;
precipicios cubiertos de floridos zarzales;
bosques enmarañados, frescor de manantiales;
nubes que se desgarran y en las simas sepultan
sus fragmentos de armiño que ruedan y se ocultan
tras el polvo de oro que avientan los rebaños;

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

valles donde resuenan mil sonidos extraños;
blancas gaviotas que abren en fondos de arrebol
los palios de sus alas a la gloria del sol;
el gigantesco Teide que surge entre las brumas
y el mar que pone al cuadro cinturones de espumas.

IV

Cual náufrago que aguarda su postrimera hora
sin ver en torno suyo la tabla salvadora,
pálido y abatido, con la mirada errante,
se presenta el pastor; nadie en aquel instante
creía que existiera ningún hombre capaz
de salvar de la muerte al incauto rapaz;
tan dura era la prueba para alcanzar la gracia
que afrontarla sería una sublime audacia.
Deslizábase el tiempo y el fallo inexorable
preciso era cumplir; nublaban el afable
rostro del Soberano el temor y la angustia;
la esperanza moría como una rosa mustia;
llenábanse los pechos de una inquietud secreta
ya algunos ocultaban la lágrima indiscreta;
mas, de pronto, rompiendo el círculo formado
por la apiñada gente, llega precipitado
al Tagóror un guanche en traje de pastor.
Hallábase cubierto de polvo y de sudor,
señales de una larga y agitada carrera,
el háico desceñido, suelta la cabellera;
reservaba el incógnito: su enérgico semblante
recatábase a medias tras el pelo ondulante
de una barba supuesta; su mirar expresivo
y su porte, emanaban ese orgullo nativo
y ese caudal ingénito de noble bizarría

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

que despierta en las almas respeto y simpatía;
sus miembros asomando bajo la hurdimbre ruda
del plebeyo sayal, causaban una muda
admiración: el busto delicado y esbelto,
las curvas vigorosas, el ademán resuelto,
era todo un hermoso y aguerrido doncel,
una escultura griega envuelta en tosca piel.
Al Mencey y al Consejo saludó reverente,
después sobre el pastor puso solemnemente
su mano y exclamó:—"¡Yo vengo a su defensa!"
y fué aquel un instante de expectación inmensa;
el público, al oirle, sintióse emocionado;
que si antes se dolía del pastor sentenciado
por creer imposible su salvación, ahora,
tal vez con una pena más desconsoladora,
lamentaba el destino de aquella criatura
excelsa que marchaba a una muerte segura,
de aquel hombre de espíritu magnánimo y gigante
que entregaba su vida por la de un semejante.

V

Púsose el frágil gánigo al reo en la cabeza,
contáronse los pasos, el defensor empieza:
silva la honda y abre círculos en el viento;
tras una pausa breve, un impulso violento,
y despide la támara que hasta una altura fija
llega para caer rápida en la vacija.
Y en medio de su asombro, la multitud extática
pudo ver que con una precisión matemática,
seguían igual suerte las támaras restantes.
Una explosión de gritos y aplausos delirantes
acogió la victoria del bravo tirador;

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

mas, he aquí que llega al colmo el estupor
de aquellos guanches cuando, quitándose el disfraz,
el héroe les muestra descubierta la faz:
de sorpresa, de orgullo, del vivo sentimiento
patrio, la muchedumbre sintió el sacudimiento;
unánimes los labios pronunciaron un nombre:
¡Adjoña! ¡Adjoña! ¡El Príncipe! ¡Adjoña! él era el
[hombre
que realizó el prodigio, él era, el poderoso
Mencey de Abona, el príncipe valiente y generoso
en quien su pueblo hallaba, a más del Soberano,
al consejero amigo, al padre o al hermano.
¿Y qué pluma podría narrar aquella escena
de ternura y de amor intensamente llena?
Tendió el Mencey de Adeje al de Abona los brazos,
que a los dos les unían de la sangre los lazos
y el augusto ejercicio de las bellas acciones
fundía en uno sólo sus nobles corazones.
El Consejo y los Príncipes, hacia tierra inclinados,
en prueba de homenaje cruzaban sus magados
con arreglo a las fórmulas de su breve y sencillo
ceremonial, en tanto, el joven pastorcillo,
viendo en su salvador, a su Rey y a su dueño,
como si despertara de un pavoroso sueño,
bañadas por el llanto las trémulas mejillas,
como a un dios le adoraba postrado de rodillas.

. . . . . .

El magnánimo Adjoña, por todos aclamado,
en brazos de los guanches de Adeje, fué llevado
a su reino, entre palmas y vítores y honores,
el camino, a su paso, sembrándole de flores,
y al saber la noticia de tan extraordinaria

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

aventura, los Reyes del resto de Nivaria,
de los hechos heróicos idólatras fervientes,
al de Abona enviaron los mas ricos presentes,
en riquísimas huirmas, en frutos, en curtidos,
y en lanzas y banotes finamente pulidos,
celebrando el suceso, además, los Monarcas,
con fiestas suntuosas en todas sus comarcas.

. . . . . .

Y de aquel bello príncipe que nos pinta la Historia
como un Mencey obscuro, sin honor y sin gloria,
terminó la leyenda. Guardaba este tesoro
la tradición piadosa en su libro de oro.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009